

Editorial

“El cálculo supersticioso, la religión, el saber y las conjeturas parecen acompañarse desde hace miles de años, quizás sea esto lo que nos llevó a tratar de interrogar a la educación por fuera de sus registros habituales”.

Amparados en estas palabras el convite para nuestro “Cuaderno 13” era escribir sobre la educación y los pecados capitales. El cruce nos divertía, generaba cierta concupiscencia en nuestra carne, nos arrobaba un poco las mejillas y despertaba pecaminosas intenciones al querer poner en relieve, los límites siempre inciertos de los encuentros escolares.

En “La divina Comedia”, el Dante, le reserva un lugar especial a los pecados capitales, el Purgatorio. El no se encamina solo en la isla que los alberga (para ir a este tipo de lugares y a otros peores, siempre se busca algún amigote) lo hace precedido de Virgilio quien como todo buen pagano, solo hasta allí puede acompañarlo. En la isla, una montaña se eleva en giros escalonados al modo de terrazas que forman las siete cornisas que corresponden a cada uno de los siete pecados capitales. En el Purgatorio las penitencias que tienen que llevar a cabo los pecadores no llegan ni por las tapas a la riqueza prototípica de aquellas del Infierno, sin embargo tienen su encanto:

Los lujuriosos en vida afectos a las pasiones, ahora se purifican en el fuego entre vientos huracanados que encienden las llamas.

Los golosos enflaquecidos, sufren hambre y sed, peregrinos pensativos de ojos hundidos desean los frutos y el agua que se derrama en el verde.

Los avaros yacen boca abajo con las manos y los pies atados, fijos, quietos y tendidos.

Los perezosos agobiados, corren sin pausa.

Los envidiosos conservan sus ojos cosidos y atados con alambre.

Los iracundos enceguecidos por el denso humo temen que algo los hiera. A pesar del entorno, deben contemplar ejemplos de ira castigada.

Los soberbios son condenados a caminar encorvados empujando grandes pesos, lo que nos muestra que para variar, nunca son castigados lo suficiente.

Para el Dante, todo esto se desarrolla en el marco de quien purga su culpa con la esperanza de tocar el cielo con las manos, ya que Beatriz no se deja.

Esta viciosa lectura hace presente una escena escolar:

- Se peca de pensamiento, palabra, obra y omisión. Nos decía el párroco del colegio durante las clases de religión, mientras señalaba que la impugnación de sus palabras, el silencio cómplice o las ojeras, hablaban de nuestros más bochornosos actos o fantasías. Pero... la omisión también?

Estamos obligados de antemano a lo recto y lo justo. Solo que la dificultad se nos presenta siempre, ahora como otrora, en la controversia de la cita Pascaliana, ¿no pudiendo hacer que lo justo sea fuerte, haremos que lo fuerte sea justo?

En esta polémica nos introduce **Marcelo Caruso** en su texto **“Retorno de la pereza”**, donde lo moralmente correcto abona los territorios de control social. Su recorrido nos muestra como la pereza se liga a la negatividad a diferencia de los otros pecados capitales; negatividad que tiene su base en las transformaciones históricas del concepto. Mediante un interesante ejercicio de historización da cuenta de cómo las tecnologías de gobierno de las conductas de los hombres, se ubican en pro de la prohibición, siendo el centro de la actividad pedagógico-religiosa los mandamientos y no los pecados capitales. Aún así estos se reinsertan a partir de que la pereza se transforma en un foco de intervención activa dado que atenta contra la movilización de las fuerzas de trabajo. Este atentado contra el “hacer” o haraganería, de la mano de la medicalización, se torna patológico. Ya no se trata la acidia de un pecado, ahora nos detendremos a hablar sobre ella, como una desviación. Caruso introduce la ética del no querer hacer, sin caer por ello en el intento de proponer una apología al modo de Bartleby, de un “preferiría no hacerlo”. Da lugar a la pereza replanteando a partir de ella un espacio de revalorización de la propia negatividad en la construcción de las subjetividades.

La saturación, la insistencia en pedagogizar todos los espacios de placer, la falta de espacio para el ocio, la organización activa del tiempo libre (todo esto rociado de un cóctel energizante) hablarían de que cualquier inactividad, en los últimos tiempos, debe incluirse en cuadros patológicos tales como la depresión o la melancolía. El autor nos deja un interrogante: ¿Qué tipo de vínculo moderado podríamos entablar con la “holgazanería” ?

La pereza, entonces, no deja de enfrentarnos a la misma paradoja que aquel chiste donde un pececito le pregunta a otro:

- Che... ¿qué hace tu papá?
- Nada.

De presunción y buenas intenciones nos habla **Gabriela Diker** en **“Soberbia de la pedagogía”**. Soberbia y saber están entrelazados y la pedagogía se ha esmerado en dar cuenta de esto, tanto en la estimación excesiva que hace de sí misma como en el desprecio, que a veces, muestra por los demás. Las múltiples evaluaciones tendientes a delimitar las posibilidades o imposibilidades del otro, así como el reparto de categorías y etiquetas, parecen ser la posibilidad de calificar, y al mismo tiempo **“calificarse”** como el pedagogo-arrogante-profesional-especialista en futurología educativa.

“Si la envidia fuera aceite, el mundo estaría frito”. Algo sobre lo común o lo estructural del concepto nos anuncia esta frase habitualmente citada por el ingenio popular, sin embargo **Graciela Frigerio** en **“Notas sobre la envidia”**, propone desmontar esto que aparece como “núcleo inapelable”. Existe en quien mira *un apetito del ojo* que lo ubica del lado de la fascinación, o del enigma y la interrogación. El texto arma sus notas en un trayecto que apunta a diferenciar las miradas, dentro de los contextos educativos que las promueven. Se trata de distinguir la mirada envidiosa de aquella otra mirada con la que se posiciona el investigador.

Rafael Gagliano opina que la avaricia modifica los vínculos. *“Una Pasión capitali(ista): La organización social de la avaricia”*, nos narra como los derroteros de la misma son funcionales a las lógicas binarias del capitalismo económico que inundan el espacio escolar. Preocupado por una pedagogía hipócrita y simuladora, que nada sabe de ahorro o riqueza ya que solo se trata de acumulación de “nada”, recorre las múltiples incidencias de la avaricia en el orden social.

Con relación a la gula dos textos nos tientan desde distintas perspectivas pero con una misma añoranza, la avidez intelectual. **Martha Glinka** en *“Didáctica para gourmets”*, no acepta la escasez como norma. Un bocado irresistible puede ser puesto a disposición, ¿porqué no exigirlo? Juega con la metáfora del anfitrión para pensar el rol docente. El placer del anfitrión por lo que hace, lo impulsa a obtener continuamente lo mejor de cada uno de sus comensales. Esta no es solo una actitud complaciente, desinteresada o “chupamedia”; *que me des el placer de verte tener placer conmigo* (como susurra Rita Lee en una bellísima canción) parece ser la intención. **argarita Martínez** en *“El pan del intelecto”* muestra su preocupación por aquellos que “teniendo la potencia para pensar con alguna audacia”, son desvalijados en el intento, por un proceso burocrático de evaluación que encasilla y cuadrícula toda pretensión de conocimiento. Eso sí, una vez concluido este proceso, cada cual recibe su attaché correspondiente y obnubilado por un “apetito ciego”, falto de cualquier golosa actitud, sale raudo a cumplir con la reproducción de esto mismo, solo que ahora como acreditado “experto” o “especialista”.

Al internarnos en la lujuria, en *“Amores de mapoteca”*, las maestras de las que nos habla **Pablo Pineau** revisten de encanto y fascinación las imágenes escolares. Él nos dice que ser maestra escondió históricamente la posibilidad de ser una mujer inmoral. Se duda de todas las mujeres, pero la madre y la maestra deben conservar la gracia de las que como Madonnas, fueron investidas. Entregadas o no a los excesos, lascivas, sensuales o castas formaron parte de las primeras imágenes de curvas y volúmenes con que se identifica un objeto de amor. Son ellas, aunque alguno de nosotros se revele, uno de los primeros ejemplos de la mujer que aspiramos ser o tener.

“La ira es un pecado que generalmente tiene mala prensa” nos dice **Guillermo Ríos** en *“Un día de furia. De la ira a la acción colectiva”*. La eminente pérdida de la tan valorada razón asusta, intimida y se asocia con gran facilidad, a la locura. La ira, ligada a movimientos colectivos implica comúnmente la ecuación: desmanes y descontrol. Este escrito intenta transitar el análisis de los movimientos de reclamos y luchas llevados a cabo en el espacio público, con la temperancia de quien puede ir más allá del efecto del espanto, para tomar en consideración la construcción del “nosotros” que lleva aparejado todo acontecimiento político.

En otro contexto **Daniela Gutierrez** aborda en *“Ira y educación”* la potencialidad de la ira. No confundirla con simple violencia, le permitirá a la autora diferenciar las distintas formas en que esta se expresa. Las versiones con las cuales interroga el acto pedagógico pueden variar, desde la pasión o el arrebato, hasta su forma más

extrema que se presenta “divorciada de la vida”, centrada en el deseo de castigo o humillación.

Casi finalizando *La divina Comedia* nos sorprende este verso:

“¡Oh qué corto y qué débil es el verbo para el concepto!, y éste, ante lo visto, es tanto, que no basta decir *poco*”.

La misma sensación que él revela, nos atraviesa también a nosotros, nos sabe a poco lo que podemos expresar o contarles para introducirlos al maravilloso recorrido que prometen los textos que aquí se suceden. Dante tuvo tres guías excepcionales a lo largo de su viaje, Virgilio, Beatriz y San Bernardo. Aquí les proponemos nueve, que no se regodean entre penas o castigos, que no exigen posturas penitentes, que desafían el lenguaje de la disciplina del pecado. Nueve guías, para que se dejen acompañar en la extraña mística que propone este nuevo Cuaderno.

Fabiana Bertin

Centro de Estudios en Pedagogía Crítica